

THJULEN, Lorenzo Ignacio. *Nuevo vocabulario filosófico-democrático indispensable para todos los que deseen entender la nueva lengua revolucionaria*. San Millán de la Cogolla: Cilengua, 2017, 263 pp. Edición y estudio de Gonzalo Capellán de Miguel.

Los diccionarios políticos proliferaron en España coincidiendo con la pugna entre ilustrados y reaccionarios primero, y con la crisis política del Antiguo Régimen después, y no dejaron de repetirse, en un discreto segundo plano de la literatura combativa del día, durante buena parte del XIX. Su papel en esas guerras de papel y tinta, que preceden y acompañan a los letales combates a sangre y fuego, ha quedado, sin embargo, bastante oscurecido. Una de las razones es que tales textos habitan un terreno fronterizo entre distintas disciplinas, que tienden a no combinar un campo de estudio articulado.

Para los historiadores de la lengua han interesado en cuanto que aportaciones a la lexicografía, a título de parodias de los diccionarios convencionales; de ahí que el estudio pionero de Pedro Álvarez de Miranda, de 1984, emplee el marbete de «diccionarios burlescos», es decir, diccionarios en broma que imitan a los serios. Esa línea ha sido seguida, por ejemplo, por Celia Berná Sicilia y Ana Peñas Ruiz, que los incardinan dentro de una «lexicografía no canónica» o «científica». Pero el remedo de los diccionarios de lengua y el registro de usos léxicos de una época, o sus desplazamientos semánticos, es tan solo un elemento entre varios: un marco formal para intenciones que exceden en mucho de las lexicográficas.

En otros trabajos (me permito aludir a mis estudios del *Diccionario tragalológico* de Clararrosa y de diccionarios fragmentarios en periódicos) se pone el acento en su naturaleza de literatura política: uno de los muchos géneros creados o reformulados para vehicular una controversia ideológica, pero construyendo un discurso ligero que combine secuencias breves en una unidad mayor, a fin de alcanzar a públicos no facultativos; esto es, reordenando en forma más fácilmente consumible contenidos objeto de debate o propaganda. Y eso se hace tanto a partir del ensayismo de corte enciclopédico (por ejemplo, los *Espíritus* de escritores célebres, donde se extractan sus obras en forma de citas lematizadas alfabéticamente, como ha estudiado Francisco Cuevas Cervera en la edición del que dedicó a Cervantes Agustín García de Arrieta) como desde un planteamiento satírico (el *Diccionario crítico-burlesco* de Gallardo, la pieza más conocida de este género en España). Entre ambos extremos hay una multiforme gama intermedia que está lejos de conocerse.

Otra corriente académica de reciente pujanza, la historia conceptual, está prestando atención a estas obras, que proporcionan material extraordinario a quienes desean analizar, por encima de estructuras léxico-semánticas limitadas a cada lengua particular, la mudanza del vocabulario político-social básico que acompaña la gran transición del paradigma ideológico durante el XVIII y principios del XIX. A la historia de los conceptos no le interesan ni la deconstrucción lexicográfica ni la construcción literaria, sino la enconada guerra por el significado y la posesión

del léxico clave revolucionario: el intento de definir el «auténtico» valor de *nación, pueblo, soberanía, libertad, democracia, monarquía, igualdad...* En ese terreno sitúa su escritura el jesuita sueco Lars Birgen (luego Lorenzo Ignacio) Thjulen y ese enfoque adopta el excelente estudio de cincuenta páginas de Gonzalo Capellán de Miguel que precede a esta traducción de su obra más conocida. Y esta es, justamente, un diccionario político puro, con escasas concesiones a lo que no sea la controversia contra *philosophes*, demócratas y revolucionarios, y con un estilo discursivo sermoneador y doctrinario, aunque no por ello alejado de la sátira, en ocasiones punzante. Capellán de Miguel participa de la red de investigación del Proyecto Iberoamericano de Historia Conceptual (Iberconceptos) y ese es el productivo marco académico en que se ha de valorar su trabajo, si bien vuelvo a señalar que es un aprovechamiento parcial de unos diccionarios que yo prefiero denominar «satírico-ensayísticos» –intentando marcar, no una identidad, sino una polaridad entre ambos términos– y que aún están esperando un acercamiento más extensivo y abarcador.

El título del estudio previo, «Cuando las palabras mudaron su significado. La revolución del lenguaje y el *Diccionario* de Thjulen en el mundo iberoamericano», ilustra este planteamiento. Bastará esta cita: «La revolución, el nuevo vocabulario y los nuevos significados de las palabras, a ella asociados, se convirtió en una nueva narrativa –creada a partir de un nuevo diccionario– que actuó como soporte fundamental a la nueva visión del mundo

que pretendía instaurar como fruto de su propia acción» (p. 12). Como los diferentes actores de aquellos acontecimientos tuvieron una fuerte conciencia de que tal cosa estaba ocurriendo, no es extraño que se enzarzaran en una virulenta redefinición y contradefinición de conceptos, donde lo antiguo y lo moderno guerreaban en el interior de las viejas palabras o en el exterior de las voces nuevas acuñadas para describir/construir la realidad transformada por las ideas emergentes.

Toda guerra presupone al menos dos bandos, y para que esta existiera fue fundamental el surgimiento de la propaganda reaccionaria. Thjulen fue uno de los campeones de la contrarrevolución europea y sus obras en italiano tuvieron gran circulación en otras lenguas. Nacido en una familia de comerciantes luteranos de Gotemburgo, en su juventud se convirtió al catolicismo en Cádiz y acompañó a los jesuitas en su exilio, para ingresar él mismo en la Compañía. En Italia produjo una extensa obra en diversos géneros, siempre encaminada a combatir el filosofismo y la revolución. Su obra más conocida es este *Nuevo vocabulario*, que salió por primera vez en Venecia el año 1799 en el contexto del Trienio Revolucionario italiano (1796-1799) y que en parte era réplica a un diccionario jacobino, el *Saggio di vocabolario* de Giuseppe Compagnoni. El libro, pues, estaba impregnado por la vivencia del autor, que había padecido persecuciones y destierros bajo aquella efervescencia revolucionaria. Pero sus fuentes no son tan coyunturales como su marco de creación: el punto de partida polémico es el *Contrato social* de Rousseau

(el «origen remoto [de esta confusión] puede acaso repetirse desde los tiempos de Cromwell, o de Hobbesio y Espinosa: pero el inmediato se debe fijar con seguridad en los de Rousseau, y su contradictoria pluma», p. 69) y sus mayores influencias surgen del pensamiento contrarrevolucionario francés, particularmente Laharpe y Barruel, lo que una vez más muestra el carácter supranacional de estos procesos.

En castellano se imprimió en Sevilla el año 1813, para luego reproducirse en una decena de ocasiones en España y México durante la primera mitad del XIX; también se tradujo en Portugal, lo que pone de relieve que estos diccionarios no se atan a una lengua concreta e ilustra la tesis central de Capellán de Miguel: ese amplio tráfico editorial se relaciona con «la constitución [...] de un movimiento reaccionario euroamericano, que conectó al Mediterráneo con el Atlántico» (p. 43). El influjo va más allá de las traducciones, y se constata como uno de los modelos directos de la literatura antiliberal del Cádiz de las Cortes: por ejemplo, en las *Cartas críticas del Filósofo Rancio*, seguramente la serie publicística más determinante de aquella, cuyo autor, el dominico Alvarado, confiesa su deuda con Thjulen (pp. 44-45). No es un caso aislado: el artificio de Thjulen fue imitado en tono menor y con un carácter más satírico por el *Diccionario razonado manual* de 1811, obra que impulsará el ciclo de los diccionarios políticos en España. Como modelo directo, fuente indirecta o inspiración propagandística, el *Nuevo vocabulario* gozó de larga vida y solo por eso merece ser rescatado.

Thjulen empieza evocando el mito de la Torre de Babel: como buen reaccionario católico, el paraíso está en un pasado inalcanzable, anterior a que el pecado expulsara al hombre de su pureza originaria. «Todos tenían unas mismas ideas, un mismo lenguaje y unas mismas costumbres» (p. 67). Pero lo que ahora ocurre no es la confusión de las lenguas, sino la confusión de sus sentidos. «Mas ¡oh y cuán diverso que hubiera sido el resultado si en lugar de la mutación de las voces correspondientes a las ideas se hubiesen mudado las ideas correspondientes a las voces! A suceder así, se habría verificado que creyendo los hombres entenderse, pues no usaban sino de palabras bien conocidas, ni se entendían ni hacían otra cosa que engañarse» (p. 68). Es por ese mismo principio, el de una revolución oculta, semántica, que ocurre dentro de las voces y no en su superficie, por lo que el *Nuevo vocabulario* insiste sobre todo en impugnar neologismos de sentido más que voces nuevas. Se trata entonces de denunciar el cambio de significado que los revolucionarios han dado a las palabras clave de la política, la sociedad y la moral, restituyendo su sentido verdadero, antiguo y cristiano.

El procedimiento dialéctico es simple, repetitivo y maniqueo a través de los 122 artículos que componen los dos tomos en sucesivas capas acumulativas, sin orden alfabético. Lo más habitual es la pura antinomia: «*Religión*. En lengua democrática denota expresamente el ateísmo» (p. 100). Otras voces son puras invectivas desaforadas: *jacobino* es «vocablo enérgico que significa lo más exquisito de los términos ateo, ladrón, libertino, traidor, cruel, rebelde,

regicida, opresor y revolucionario endiablado» (p. 77). La sutileza no es mucha, a veces basta con agitar el pesimismo antropológico que considera a hombres y pueblos meros resortes de reflejos condicionados, como tristes perros de Pavlov errantes por este valle de lágrimas: «La experiencia, que es la maestra más segura en todo, lo es principalmente en esto, porque vamos claros: un perro que en seguida a la voz *palo*, ha probado este repetidas veces, llega perfectamente a entender lo que significa, y huye cuando la oye. Y si esto es así, ¿por qué la experiencia no ha de haber enseñado a los hombres el verdadero significado de los vocablos republicanos, habiendo ellos palpado lo que constantemente se ha seguido a las palabras de los republicanos *libertad, propiedad, soberanía, etc.?*» (p. 71). Thjulen recordará una y otra vez el palo, con la esperanza de que el perro escape gimiendo cada vez que oiga gritar *libertad*, sin deslindar nunca cuánto hay ahí de la sabiduría que nace de la experiencia y cuánto de ominosa advertencia. Porque este libro, como buen sermón, es también un pliego de amenazas a quienes aún no han sucumbido a las nuevas ideas. «¿Quién [es] el que apetece estar a cada instante temblando por su honra, su vida, su conciencia y sus bienes? ¿Y no es esta la suerte de todo hombre de bien, bajo el republicanism del día?» (p. 110). Thjulen recurre igualmente a otro procedimiento habitual de estos diccionarios: la taxonomía satírica, al ofrecerse a informar no solo de los significados de la lengua revolucionaria, sino los de sus diferentes dialectos (p. 72). A veces se desliza hacia técnicas de descripción

costumbrista, como en la voz *costumbres*, donde se pinta el peinado, traje y aspecto exterior de un patriota republicano (pp. 118-119), y no en pocas ocasiones incursiona en otro de los géneros en que destacó: la fábula política (pp. 81-82, 119, 182-192...). Es, pues, un completo muestrario de técnicas argumentativas y recursos literarios.

El estudio previo de Capellán de Miguel es excelente; la edición es más pobre, pues se limita a reproducir sin aparato filológico ni modernización ortográfica una de las ediciones de la traducción de 1813. Dicha versión, la que corrió por el espacio ibérico y americano, omitió muchas notas del original y aquí solo se añaden contadísimas notas modernas. En ese sentido hubiera sido deseable un análisis más extenso de las diferencias entre original y traducción, que el editor apunta en ocasiones de forma reveladora, mas sin ahondar en ellas. Explica, por ejemplo, que cuando Thjulen habla reiteradamente de republicano y democrático como un par conceptual identificado de forma estrecha, el traductor elimina a menudo el segundo término; eso se relaciona con la centralidad que el concepto de democracia posee en la visión reaccionaria del sueco, pero también en el vocabulario político italiano del momento. Eso tardaría en suceder de modo análogo en otras lenguas europeas: de hecho la carga peyorativa que el concepto de democracia arrastró mucho tiempo en el lenguaje del liberalismo español pudo haberse visto reforzada por la difusión de obras como esta (pp. 42-43).

Ese es el tipo de matices de los que se puede obtener un mayor

rendimiento interpretativo en obras de esta naturaleza, que son fotogramas fijos –a veces borrosos– de un paradigma en apresurado movimiento. Este denodado intento de detener y revertir la mutación conceptual en marcha es propio de una visión estática –por ello mismo condenada al fracaso– del orden cósmico, que busca minar las bases ideológicas de un enemigo cuya primacía discursiva no se es capaz de frenar. De ahí el tono amargo y melancólico de la literatura reaccionaria. Como dice el editor del volumen, parafraseando un trabajo de Sergio Romano, este cambio semántico de la revolución ha privado a los partidarios del Antiguo Régimen, «no solo de sus bienes y privilegios: les ha privado de su

capacidad de comunicarse con el mundo» (p. 63). Por su parte, Thjulen sabía bien qué hacer para mantener ventajosamente dicha comunicación: «No nos engañemos: el remedio más eficaz para curar esta manía será siempre el de que no permite el gobierno más lectura, venta o publicación que la de los libros buenos y de sanas máximas, y reducir a cenizas los malos y emponzoñadores. [...] Quémense tales libros, vuelvo a decir, pues es mejor sin comparación que el género humano sea ignorante, que no que sea revoltoso, corrompido y bellaco» (p. 164). Ahí es nada, pero en tiempo de revolución, antes que los tronos, se derrocan las palabras.

Fernando Durán López